

LIBRO SEGUNDO

MARÍA DE MÉDICIS Y LUIS XIII

CAPÍTULO PRIMERO

LA REGENCIA DE MARÍA DE MÉDICIS (1610-1614) (1)

I. Constitución de la regencia. - II. El nuevo gobierno. - III. Protestas galicanas, oposición protestante. - IV. Fiestas y facciones aristocráticas. - V. Ruptura de los príncipes con la corte.

I.—Constitución de la regencia

Luis XIII, sucesor de Enrique IV, nacido en 22 de septiembre de 1601, no contaba todavía nueve años. El temor de que ocurrieran disturbios en el interior y complicaciones en el exterior, exigía la constitución inmediata de una regencia, y Sillery y Villeroy instigaron a María de Médicis, que lloraba, a que obrara «como hombre y como rey.»

Los grandes señores, por piedad ó por el deseo de hacerse valer, se mostraron muy celosos. «Muchos señores, divididos y desunidos desde hacía tiempo, se concertaron y reunieron (á lo menos en apariencia), se abrazaron y juraron aquel día unánimemente fidelidad al rey y á la reina.» De Epernon, coronel general de la infantería francesa, mandó que los guardias y los suizos ocuparan las barreras del Louvre y el Puente Nuevo; Guisa se fué á las Casas Consistoriales, y Bassompierre

(1) FUENTES: L'Estoile, *Mémoires-journaux*, X y XI, 1881-1883. Sully, *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat...* (1638). *Relation faite par maître Jacques Gillot de ce qui se passa au Parlement touchant la régence de la reine Marie de Médicis, les 14 et 15 mai 1610*, Mich. y Pouj., 1.^a serie, XI. Phelypeaux de Pontchartrain (secretario de Estado), *Mémoires concernant les affaires de France sous la régence de Marie de Médicis...*, Mich. y Pouj., 2.^a serie, V. (G. Girard), *Histoire de la vie du duc d'Épernon...*, 1655. Le Grain, *Décade contenant la vie et gestes de Henry le Grand*, 1614. Fontanon, *Edicts des rois de France*, IV. Du Mont, *Corps diplomatique*, V, 2.^a parte. *Archives curieuses*, 1.^a serie, XV. Victor Siri, *Memorie reconditte*, II y III. *Discours politiques du duc de Rohan, faits en divers temps... cy-devant non imprimés*, 1646. *Véritable discours de ce qui s'est passé en l'Assemblée politique des Eglises réformées en France, tenue à Saumur par la permission du Roy l'an 1611. Servant de supplément aux Mémoires du duc de Rohan*, 1646. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824-1825, XI. *Le Mercure françois ou la suite de l'histoire de la paix*, tomo I, París, 1611; tomo II, París, 1613. Mariscal de Bassompierre, *Journal de ma vie*, publicado por el marqués de Chanterac, «S. H. F.», I, 1870. Mariscal de Estrées, *Mémoires de la régence de Marie de Médicis*, 1610-1617, M. y P., 2.^a serie, VI. *Lettres de Malherbe*, en las «Oeuvres de Malherbe» («Coll. des Grands Ecrivains»), 1862, III. *Mémoires du cardinal de Richelieu*, M. y P., 2.^a serie, VII; la primera parte de estas memorias, que abarca desde 1610 á 1619, se publicó en Amsterdam, en 1730, con el título de *Histoire de la mère et du fils*.

recorrió las calles. Sully fué el único que sólo demostró indecisión, debilidad y miedo; al tener noticia del asesinato, había montado á caballo y se había dirigido al Louvre, pero luego desistió de su intento y volviendo grupas fué á encerrarse en la Bastilla, de donde costó á la reina hacerle salir al día siguiente.

De los príncipes de la sangre que podían pretender la regencia, Condé se había refugiado en los Estados del rey de España, y el otro, el conde de Soissons, había salido de París antes de la coronación de la reina, porque Enrique IV no había querido permitir que la condesa llevara en su manto de ceremonia una línea de flores de lis más que la esposa del regio bastardo César de Vendome. En cuanto á Conti, era tartamudo, sordo y casi imbécil. Fuera de los príncipes de la sangre y á falta de Estados generales, no había más que un poder por todos reconocido, el Parlamento; y á él se dirigió María de Médicis.

En nombre de ésta requirió el Procurador general que «al presente y sin separarse, proveyera, según costumbre, el Parlamento á la regencia y al gobierno del reino.» El Parlamento estaba demasiado convencido de su derecho y demasiado halagado del papel que le incumbía para vacilar. Por fórmula púsose el asunto á discusión, pero como los militares estaban impacientes

OBRAS DE CONSULTA: Miguel Le Vassor, *Histoire de Louis XIII roi de France et de Navarre contenant les choses les plus remarquables arrivées en France et en Europe...*, 1757, I. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII roi de France et de Navarre*, 1758, I. L. de Ranke, *Französische Geschichte vornehmlich in sechzehnten und siebzehnten Jahrhundert*, tomo VIII, á XII de las Obras completas, Leipzig, 1876-1877; traducción francesa por Porchat, 1884-1886. Julio Loiseleur, *Ravaillac et ses complices*, 1873. Bertoldo Zeller, *De Dissolutione contracti apud Brusolum federis*, 1880; del mismo, *La minorité de Louis XIII. Marie de Médicis et Sully*, 1892; del mismo, *La minorité de Louis XIII. Marie de Médicis et Villeroy*, 1897. Dufayard, *Le comte de Lesdiguières*, 1892. Petrens, *Les mariages espagnols sous le règne de Henri IV et la régence de Marie de Médicis*, Didier, s. d.; del mismo, *L'Eglise et l'Etat en France sous le règne de Henry IV et la régence de Marie de Médicis*, 1873. I y II. Padre Edm. Puyol, *Edmond Richer. Etude historique et critique sur la rénovation du gallicanisme, au commencement du XVII^e siècle*, I, 1876. Anquez, *Histoire des assemblées politiques des réformés en France*, 1859. Augusto Langel, *Henry de Rohan. Son rôle politique et militaire sous Louis XIII* (1579-1638), 1889. Ouvré, *Essai sur l'histoire de Poitiers depuis la fin de la Ligue jusqu'à la prise de la Rochelle*, «Mémoires des antiquaires de l'Onest», XXII, 1856. A. Bazin, *Histoire de France sous Louis XIII et sous le ministère du cardinal Mazarin*, 2.^a edición, 1846, 4 vol.

¿Necesito citar ese hermoso libro de Michelet: *Richelieu*. - *La Fronde* (tomo XI de su *Histoire de France*)?

y deseaban acabar pronto, De Epernon entró en la sala, vestido con jubón y espada en mano, y se dirigió hacia el primer presidente Aquiles de Harlay. Este le preguntó si, en su calidad de duque y par, quería ocupar su puesto en el Parlamento, y el duque rogó á los asistentes que perdonaran su descortesía, les invitó á proceder de prisa «y repitió la excusa de su descortesía.» Su actitud no fué tan imperiosa como supone su secretario, Girard, y si dijo en alta voz «que era absolutamente preciso» hacer lo que él proponía, fué después de haber pasado la puerta.

Cuando hubo salido De Epernon, entró el duque de Guisa en el mismo traje, sentóse é hizo protestas de fidelidad á la realeza, palabras de las que, con su gravedad ordinaria, tomó acta Aquiles de Harlay. El Parlamento, por unanimidad y sin oposición, declaró regente á la reina madre «para que tuviese la administración de los negocios del reino durante la menor edad del dicho señor su hijo, con todo el poder y autoridad (1).» No hacía aun dos horas que había muerto Enrique IV.

Al día siguiente el rey niño asistió á la sesión solemne del Parlamento (15 de mayo) para confirmar el acuerdo de éste, ó mejor dicho para invalidarlo; en efecto, el canciller justificó la atribución de la regencia á María de Médicis por la voluntad bien conocida, «tantas veces declarada y replicada» del difunto rey, «testimonio más expreso y más cierto que un testamento ó una simple declaración;» de modo que, según este criterio, el Parlamento no habría hecho más que registrar una decisión de Enrique IV.

El canciller olvidóse, voluntariamente sin duda, de hacer mención del acuerdo del Parlamento, declarando, en cambio, la voluntad del rey: «El rey, sentado en su trono de justicia..., ha declarado y declara á la reina su madre regente de Francia.» El primer presidente, después de la sesión, hizo observar al canciller aquel olvido; y como el nuevo poder no estaba en condiciones de reñir con el Parlamento, se añadió al texto impreso, después de las palabras: «declara á la reina su madre regente,» esta aclaración: «Conforme al decreto dado en su Tribunal de Parlamento, el día de ayer.»

La noche del 14 al 15 había sido tranquila. Las tres cuartas partes de la población creían que Enrique IV estaba simplemente herido, y para mantener la ilusión, tropas de nobleza recorrían las calles gritando: «¡Viva el rey!» Por prudencia pusieron guardias en las embajadas, especialmente en la de España. Cuando el luto que llevaban el rey y la reina al dirigirse el día 15 al Parlamento, descubrió la verdad, el «primer dolor» de los parisienses «estaba amortiguado.» «El pueblo clamaba sobre todo venganza contra los asesinos de su rey.»

Los gobernadores y los capitanes de las plazas fuertes habían regresado por la posta á sus gobiernos; pero las provincias permanecieron tranquilas como París. El dolor era general y la compasión exaltaba la fe monárquica, y sólo hubo algunos hidalgos que se lanzaron al campo ó se fortificaron en sus casas; pero á una orden de la reina depusieron las armas y se dispersaron.

Muchos contemporáneos creían, y algunos historiadores de nuestra época han creído, que Ravaillac había

sido el instrumento de algunos grandes señores, de España, ó de la «secta judaica» (entiéndase jesuítica); pero del proceso que le formó el Parlamento no resultaron cómplices. Ravaillac era un monomaniaco y sus respuestas á los magistrados instructores son una mezcla de turbación, de orgullo y de locura; muéstrase disgustado del acto que ha cometido, pero en el fondo persiste en la convicción de que ha sido instrumento de Dios. y firma al pie del segundo interrogatorio: «Ravaillac, que siempre sea en mi corazón Jesús el vencedor.» Fué condenado á ser atenaceado, tirado por cuatro caballos y descuartizado. El pueblo presenció con alegría feroz su tortura, y cuando el sacerdote que le asistía rezó la oración acostumbrada, al llegar á la palabra *Salve* «el pueblo se formalizó, dice Legrain, y se puso á gritar: «¡No, no, al Diablo el cuerpo y el alma.» Creo positivamente que si el Doctor hubiese continuado su *Salve*, el pueblo lo habría asesinado acto continuo» (27 de mayo).

II.—El nuevo gobierno

María de Médicis conservó los ministros de su esposo, Villeroy, Sillery, Jeannin y Sully; suprimió las 54 tasas y las comisiones extraordinarias; ordenó que los coroneles, capitanes y deceneros de la milicia prestaran juramento á su hijo, y para tranquilizar á los protestantes, que tenían una nueva jornada de San Bartolomé, confirmó, en 22 de mayo, el Edicto de Nantes.

¿Se enviarían ó no tropas á Juliers? El abandono de una política de aventuras imponíase á María de Médicis como una necesidad, pues habría sido en extremo peligroso emprender una guerra general estando el país gobernado por un rey niño y una regente extranjera.

Austria no había agotado todavía sus recursos, y aun menos España, fecunda en soldados. Bien se vió cuando Richelieu, libre de toda dificultad en el interior y concentrando en sus manos todas las energías nacionales, atacó á aquellas formidables potencias; entonces fueron necesarios treinta años de guerra encubierta ó declarada, con el concurso de Dinamarca, de Suecia y de Cataluña sublevada, para vencer á la casa de Austria. María de Médicis, que había de contar con los grandes señores y los protestantes, ¿podía aventurar tan importante partida?

El mismo Sully opinó que la mayor parte de las tropas debían ser licenciadas; pero el gobierno quiso hacer honor á los compromisos contraídos por Enrique IV, y declaró á las demás cortes que se limitaría á apoderarse de Juliers. Un ejército mandado por el mariscal de La Chatre, antiguo liguista y, bajo sus órdenes, por Rohán, yerno de Sully y uno de los grandes señores protestantes, fué á reunirse con los holandeses del príncipe Mauricio y se apoderó de la ciudad (1.^o de septiembre). Juliers fué entregada á los señores de Brandeburgo y de Neuburgo, los cuales prometieron no introducir cambio alguno en el ejercicio de la religión católica, apostólica y romana «y antes bien que este ejercicio sería permitido á todas las personas de los dichos países.»

Por el tratado de Brusol habían resuelto Enrique IV y Carlos Manuel la invasión del Milanesado y la boda de Isabel, hija mayor del rey, con el príncipe del Pia-

(1) Pontchartrain, pág. 299.

monte, primogénito del Duque; pero María de Médicis denunció estos acuerdos y mandó decir á Carlos Manuel que se reconciliara con España, no abandonándole, sin embargo, y antes bien ofreciéndole su mediación.

A fin de quitar á los españoles todo pretexto para acumular sus fuerzas en el Milanesado, comenzó la regente por licenciar sus tropas: en vista de lo cual Carlos Manuel se resignó á someterse á España, que, por recomendación de María, aceptó la sumisión. El Saboyano, hábil en cambiar de actitud, proyectó apoderarse de Ginebra; pero la corte de Francia declaró que tomaba bajo su protección á la Roma protestante, y Carlos Manuel desistió de su propósito.

María no tenía necesidad de dificultades en el exterior; con las del interior le sobraba. En efecto, los príncipes de la sangre habían regresado á Francia, Soissons tres días después de la muerte de Enrique IV y Condé el 16 de julio. Habíase el primero quejado de que se hubiese arreglado, á espaldas suyas, la cuestión de la regencia y pidió la lugartenencia general, á lo que María respondió que se quitara de la cabeza aquel capricho, porque ella quería ser quien mandara y no una señora de Montglat (el aya del rey niño). Sin embargo, para calmarlo, le dió el gobierno de Picardía.

Condé acariciaba miras más altas, que, en julio, exponía en confianza á un flamenco, el conde de Bucquoy. Díjole á éste que había formado una liga con los grandes y especialmente con el duque de Bouillón para disminuir mucho la autoridad de la reina, y como María de Médicis no consentiría en ello, «nos dará motivo, con su negativa, para empuñar las armas (1)». Añadió-le que contaba con las provincias del Sur, la Guiena, el Langüedoc, la Provenza y el Delfinado, y que disponía de dos puertos y de algunas plazas fuertes en Normandía y en Picardía, por donde los españoles podrían entrar fácilmente en Francia, y le rogó que preguntara á Espinola qué opinaba de ello.

La regente confiaba en que, poniendo precio á todas las ambiciones, lograría contenerlas. Tal fué su sistema de gobierno: á Condé, en su primera entrevista, había-le dado el palacio de Gondi y 40.000 escudos de muebles; pagó las deudas del duque de Guisa y le autorizó para casarse con Madama Montpensier; prometió pagar las del duque de Nevers; y concedió á todos los gobernadores la supervivencia de sus cargos. El duque de Epernon, escudándose en sus servicios, expulsó de la ciudadela de Metz al lugarteniente que Enrique IV le había impuesto, al señor de Arquié. Los grandes no se cansaban de obtener y unos á otros se decían: «Ha pasado el tiempo de los reyes y ha venido el de los grandes y de los príncipes; es preciso que nos hagamos valer.»

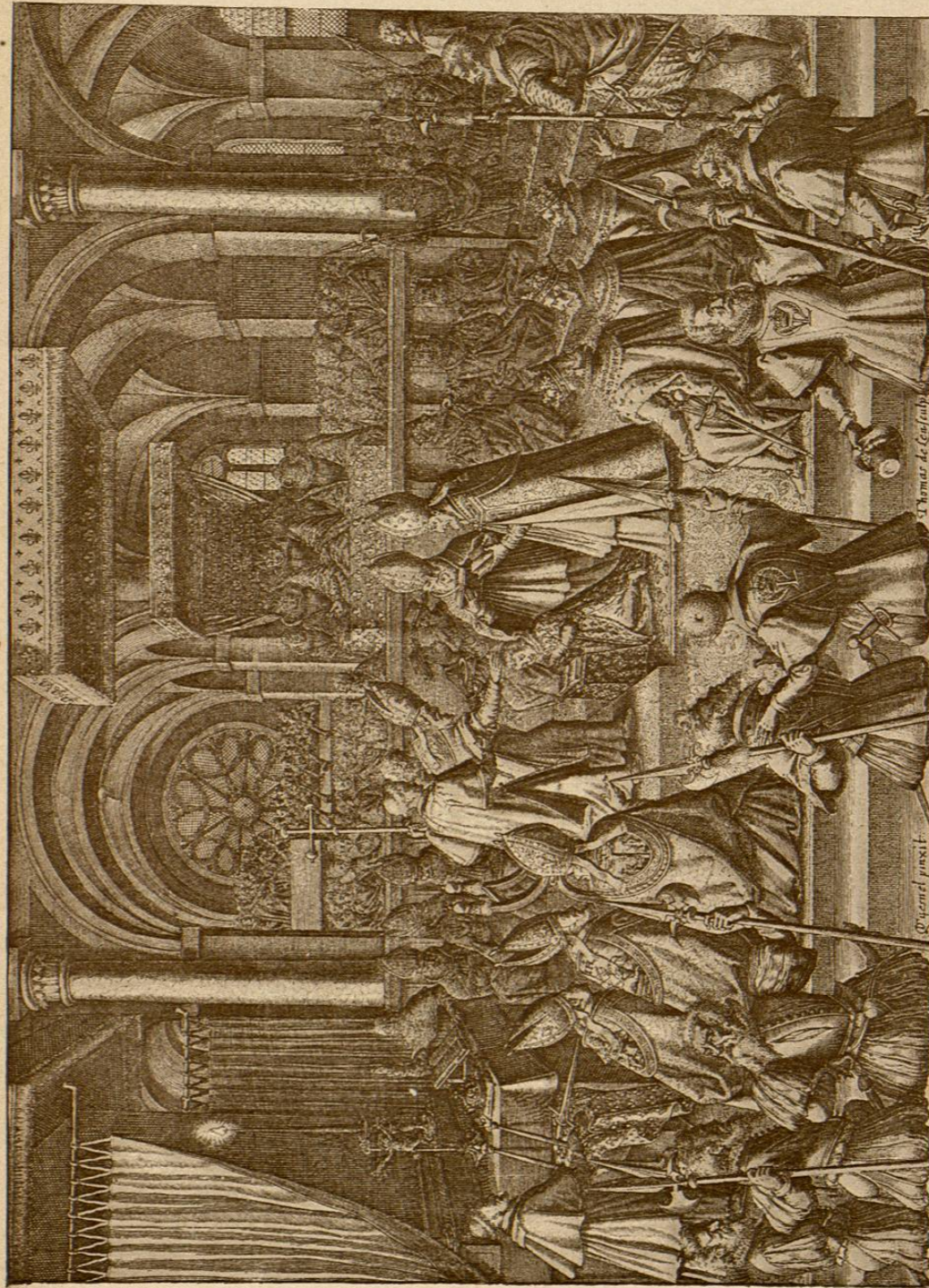
En París, los grandes no salían á la calle sino acompañados de numerosas y brillantes escoltas: 1.500 jinetes habían ido á recibir á Condé el día de su llegada á París; y el duque de Guisa tenía un séquito de 500 ó 600. Luis XIII permanecía casi solo en el Louvre y María de Médicis se vió obligada á restablecer los doscientos gentileshombres de pico de cuervo que por economía habían sido despedidos en tiempo de Enrique IV.

(1) Citado por Ranke, *Obras completas*, tomo IX, pág. 116.

Por fortuna para la realeza, los grandes estaban divididos; los Guisa, mimados y pagados, se jactaban de su adhesión á la Regente; la burguesía y el pueblo estaban sedientos de orden y de paz, y los partidos eran simples asociaciones de codicias sin ningún principio que los animara. El duque de Bouillón trabajaba contra Sully, su correligionario, á quien apoyaban los Lorena. El príncipe de Conti, desde su matrimonio con Luisa Margarita de Lorena, hermana del duque de Guisa, había reñido con el conde de Soissons; un día, el 10 de enero de 1611, encontráronse sus carrozas en la calle de Saint Honoré, y sus gentes comenzaron á reñir disputándose el paso. Soissons, al enterarse de lo que ocurría, presentó sus excusas que Conti, sordo y furioso, no oyó; rogó entonces la Regente al duque de Guisa que mediara en la contienda; pero habiendo éste pasado con numerosa escolta por delante del palacio de Soissons, el conde, á su vez, se consideró provocado. Un millar de hidalgos fueron á ofrecer sus espadas al duque de Guisa, lo que causó gran alarma en París y en la corte, y la Regente triplicó las guardias, llamó al lado del rey á la nobleza, é hizo decir á los ciudadanos que estuvieran apercebidos á tomar las armas. Tres días después se negoció un acuerdo que dejó resentimientos y del cual fué Sully la víctima.

María de Médicis, que no le profesaba ninguna simpatía, le había defendido largo tiempo porque «no había en Francia una cabeza que valiera como la suya» y también porque temía exasperar á un hombre «que tenía en su favor á todos los herejes.» Pero Sully se había creado muchos enemigos durante el anterior reinado por su modo de ser insolente y brutal; estaba acostumbrado á manejar la hacienda sin intervención de nadie; se resistía contra la Regente que quería obligarle á dar al Consejo cuenta de su administración, y por último, desaprobaba públicamente la reconciliación de las cortes de Francia y de España.

Inmediatamente después de la muerte de Enrique IV, había reaparecido la idea de una alianza de familia entre ambas cortes, y el duque de Feria, enviado á Francia como embajador extraordinario para dar el pésame á Luis XIII, estaba autorizado para hablar de un doble matrimonio entre el heredero presunto del trono de España y la hija mayor de María, Isabel, y entre Luis XIII y la hija menor de Felipe III. María, por muy dichosa que se considerase con aquel proyecto, quería para Luis XIII la mayor de las infantas y de lo contrario no consentía en dar al infante primogénito más que su hija pequeña. Aunque no se llegó á una inteligencia, la Regente, para bien determinar sus disposiciones, trató al embajador con atención especial; y en la audiencia de despedida, Luis XIII, á quien habían enseñado la lección, le encargó que besara las manos de la infanta y le rogara que lo aceptase como servidor. Sully sostenía que era preciso casar á Madama Isabel con el príncipe del Piamonte; y cuando Villeroy y De Epernon, recién entrado en el Consejo, propusieron el licenciamiento de las tropas que Francia sostenía con su dinero al servicio de Holanda, protestó indignado contra el abandono de la política de Enrique IV. María le dió la razón; pero Villeroy, que encaminaba discretamente á Francia hacia los matrimonios españoles, resolvió desembarazarse de aquel escandaloso colega.



Non en de tant de Rois qui Dient dans les Cieux. Qu'ainsi le Saint-Esprit tousjours dedans ton cœur
Ofrir le Rois l'Esprit de nos Provinces! Comme ce divin fruit en toy montre sa gloire!
Que ceste alme s'agrandisse par le présent des Dieux. Confirme son amour d'un amour si vainqueur
Influe en ton esprit les Vertus des grands Princes. Que jus que au plus haut Ciel en luse la Victoire.
Et que tousjours ta France à tes Souhaits responde!!

CONSGRACION DE LUIS XIII DE FRANCIA
Facsimile reducido del grabado de Tomás de Leu, cuadro original de Francisco Quesnel (1542-1619)

Los grandes le ayudaron. Bouillon acababa de reconciliar á Soissons y á Condé, y de estos tres personajes dos, por lo menos, detestaban cordialmente á Sully: Bouillon le envidiaba la dirección del partido protestante, y Soissons, á quien Sully había quitado en tiempo de Enrique IV un derecho lucrativo sobre las telas, habíase exasperado al ver que se declaraba también en contra suya, en su contienda con Conti y con los Guisa. Sully, reñido con Villeroy y «comprendiendo que le sería difícil mantenerse en su puesto de superintendente,» presentó su dimisión en 26 de enero de 1611.

Hacia bien en marcharse, porque carecía de influencia en el gobierno, aparte de que no estaba en el gobierno el gobierno propiamente dicho, sino que las decisiones más graves se preparaban y adoptaban en un «Consejo secreto y oculto,» del que siempre estuvo

TOMO III

Sully excluido y en el cual Villeroy, Jeannin y Sillery trabajaban para aflojar el lazo de las alianzas protestantes y asegurarse la alianza de España, á fin de privar á los perturbadores de su mejor apoyo. Aquellos hombres prudentes querían inaugurar una política apropiada á la debilidad de una regente extranjera y de un rey menor de edad, sin incurrir en imprudencias ni caer en bajezas; pero no eran los únicos consejeros, sino que también el P. Cotón, confesor del rey niño, después de haberlo sido de Enrique IV, y el nuncio Ubaldini, inteligente y activo, recomendaban una política católica, excitaban el celo de la reina y censuraban resueltamente la tibieza de los ministros.

Más aún que de esos sacerdotes hacía caso de las personas de la intimidad de la corte, el abogado Dolé, y sobre todo Leonor Galigai y su marido Concini. La



María de Médicis, cuadro de F. Porbus